

**CASA LLENA
de
ESTELA LEÑERO**

estelateatro@gmail.com

CASA LLENA

PERSONAJES

SARA

MARTÍN

ESCENOGRAFÍA

Departamento constituido por una sola estancia. Del lado izquierdo la puerta que conduce al exterior y del derecho al baño. Al fondo una cocineta. Al centro una mesa con dos sillas. Una cama con buró, libreros, sofá, bicicleta fija y un teléfono.

CASA LLENA

ESCENA 1

MARTÍN se encuentra recostado en la cama leyendo un libro. Usa lentes. Empieza a oscurecer. Transcurre tiempo. Se oye una llave que entra en la cerradura de la puerta. La puerta se abre y entra SARA con varias bolsas en la mano.

SARA: ¿Y ahora, qué haces aquí?

MARTÍN: *(Se incorpora)* Ya ves, visitando a las estrellas. *(Pausa)* ¿A poco a estas horas todavía está abierto el super?

SARA permanece inmóvil con los bultos en las manos.

MARTÍN: Bueno, no es para tanto, tan siquiera deja los bultos en el suelo.

MARTÍN se levanta para ayudar a SARA.

SARA: Son mis cosas, yo las alzo.

SARA termina de acomodar las bolsas sobre la mesa. Transcurre tiempo.

SARA: ¿Cómo entraste?

MARTÍN: ¿Es lo único que puedes decir al verme?

SARA: Yo nunca te di las llaves.

MARTÍN: Ya lo sé.

SARA: Entonces, ¿cómo entraste?

MARTÍN: Por la puerta.

SARA: Ya. No te hagas el simpático y dime cómo entraste a mi casa. *(Pausa)*

MARTÍN: *(Sin querer decirlo)* Pues la portera.

SARA: *(Asombrada)* ¿Concha? ¿Concha te abrió? ¡Qué poca! ¡Qué poca de Concha!

MARTÍN: Ya ves, por eso no te lo quería decir.

SARA: Híjole, nunca pensé. Nunca la creí capaz. Me imagino que le tuviste que echar un rollo.

MARTÍN: *(Con más confianza)* Si, no quería. Decía que te ibas a enojar, que, que ya no le ibas a querer hablar, que, ¿qué? Bueno, que quién sabe que tantas cosas. Y como sabrás, yo le dije que te necesitaba ver, que era urgente, que mañana tenía un examen y me urgían unos libros que tú tenías...

SARA: *(Interrumpiéndolo)* Y te creyó.

MARTÍN: Sí, casi le lloro.

SARA: Y entraste.

MARTÍN: Por supuesto.

SARA: Mmmm.

Transcurre tiempo en silencio. SARA se levanta y lleva algunas cosas de las bolsas a la alacena. MARTÍN disimuladamente trata de ver lo que hay dentro de las bolsas.

SARA: *(Regresa a la mesa) Qué demonios esculcas. (Arrebatándole la bolsa) Es del super.*

SARA empieza a sacar cosas de las bolsas para acomodarlas en la mesa. Va diciendo el nombre de cada cosa en voz alta. A pesar de los comentarios de MARTÍN, SARA no interrumpe la acción.

SARA: Sopa Ramen, frijoles de lata.

MARTÍN: Huácala.

SARA: Pollo, sopas de pasta, cocas.

MARTÍN: ¿Agua negra con gas?

SARA: Un cepillo.

MARTÍN: *(Toma el cepillo y se peina) Estos sí duran.*

SARA: Kleenex, kotex, papel del baño y un regalito. *(Busca en el fondo de la bolsa, saca unos broches de pelo y los pone en la mesa)*

MARTÍN: ¡Uy, qué regalote!

SARA va al espejo, se cepilla el pelo y se pone los broches. MARTÍN la observa.

SARA: Pues sí. Antes cada vez que iba al super me compraba una falda, o unos chocolates, o algo así que tuviera muchas ganas. Ahora casi que esto es un regalito de consolación.

MARTÍN: Para ser regalo de consolación no está tan mal.

SARA: No te burles.

MARTÍN: Si tú lo dijiste.

SARA: Bueno, yo.

Se quedan callados sin saber qué decir. SARA empieza a recoger las bolsas vacías. MARTÍN lee lo que dice la lata de frijoles.

MARTÍN: (*Despectivo*) ¿Y esto es lo que comes?

SARA: (*Le arrebató la lata y la lleva a la alacena*) Me lo como yo, no tú. Además tú tienes quién te haga la comida. A mí apenas si me da tiempo para comer.

SARA destapa una coca y se la sirve en un vaso. Regresa a la mesa.

MARTÍN: ¿Y yo?

SARA: Es agua negra con gas, ¿o no?

MARTÍN: Lo que pasa contigo es que siempre andas a las carreras. (*Pausa*) Y por cierto, ¿sigues yendo a correr?

SARA: Nada más dos veces a la semana.

MARTÍN: ¿Y te gusta?

SARA: Sí. Ahora es más padre porque corro con mi vecino. Empezar el día así me gusta.

MARTÍN: ¿Cómo, viéndole la cara a tu vecino?

SARA: Corriendo, haciendo ejercicio. En los viveros hay un montón de árboles.

MARTÍN: Ya lo sé.

SARA: Pero cuando uno está corriendo se ven muchos más. Vuelta tras vuelta. El único problema es el levantarme temprano para que me dé tiempo de regresar a mi casa, bañarme, desayunar y llegar puntual al trabajo.

MARTÍN: ¿Y qué no puedes irte después de correr directamente al trabajo?

SARA: ¡Ay, cómo crees, me corren!

MARTÍN: ¿Por?

SARA: ¿Cómo voy a llegar en *pants*?

MARTÍN: Andar en *pants* es comodísimo. Pero sí, tienes razón. Si llegas en *pants* nadie te quitaría los ojos de encima. Empezarían las burlas, los choteos, y el jefe hasta podría llamarte la atención. Pero son recómodos. A mí me gusta usarlos el fin de semana cuando no voy a salir. (*Pausa*) El color que tienen no me gusta. La verdad te falló.

SARA: Lo que pasa es que tú eres muy delicado para la ropa.

MARTÍN: ¿Quién se va a poner unos *pants* amarillos?

SARA: Mi vecino.

MARTÍN: Ah, ¿qué también le regalaste unos *pants* amarillos?

SARA: Él ya los tenía.

MARTÍN: Pues qué mal gusto.

SARA: Mal gusto que se pongan blusas con florecitas o con rumbos.

MARTÍN: Si yo uso de esas.

SARA: Ya ves, cada quien tiene sus gustos.

SARA mira el reloj y MARTÍN observa detenidamente el departamento.

MARTÍN: Hasta eso, te quedó bien. Se ve que te gusta el amarillo.

SARA se levanta de la mesa; recoge latas para acomodarlas en la alacena.

MARTÍN intenta acercarse a SARA. Se encuentran sus cuerpos. Se miran, ella se aleja y continúa su acción. MARTÍN se sienta y la observa trabajar.

MARTÍN: ¿Cada cuándo vas al super? (*Silencio de SARA*) ¿Eh?

SARA: Una vez a la semana.

MARTÍN: Yo antes también iba una vez a la semana, pero como siempre me pasaba algo malo, ahora voy cada mes, y eso si me va bien.

SARA se sienta en la mesa.

MARTÍN: De veras, Sara. Hasta llegó un momento en que me persignaba antes de entrar al super. (*SARA ríe sin querer*) Si no se le caía una llanta al carrito, chocaba con una señora, o tiraba la mayonesa. Ya vez que la mayonesa siempre está en oferta y la ponen en las esquinas. (*Pausa*) Un día casi lloro. Iba al super muy campante a comprar pasta de dientes, vasos que se me acabaron en la última fiesta que hice, y azúcar. Compré la pasta y los vasos. Faltaba el azúcar. Hice una cola de quince minutos, hasta que por fin tocó mi turno; entonces pensé: si ya hiciste tanta cola, de perdís cómprate cuatro kilos. Al final de cuentas compré cinco. Pongo las bolsas en el carro, y como casi no había gente que empiezo a correr con el carrito. De repente me acuerdo que las cajas están a la izquierda, doy la vuelta forzada y que el carro se cae. Todos los vasos se rompieron y todo el azúcar estaba regado. Tenía un montón de pena. Volteé para todos lados y no había nadie. Escondí los vasos rotos debajo del estante y empecé a recoger el azúcar. Para mi mala suerte se aparece un niño. Se me queda viendo. Yo seguí recogiendo el azúcar sin hacerle caso, pero él me dice (*cuando habla el niño imita su voz*): lo que se cae al suelo ya no se come porque se lo chupó el diablo. (*SARA sonrío*) Lo veo y sigo recogéndola. Él insiste, ya se lo chupó el diablo. Lo volteo a ver y le digo: vete con tú mamá, niño, que te ha de andar buscando. Y me contesta: mi mamá dice que todo se lo chupa el diablo. Dile a tu mamá que eso no es cierto. Y el niño insiste: Esta azúcar ya no sirve, se la chupó el diablo. Yo en ese momento estaba histérico. Cállate, niño, ya cállate; y como no entendía que me paro y le doy un pellizco. (*SARA ríe*) Y el pinche niño que empieza a chillar. (*SARA ríe*) Toda le gente se acerca y me mira; yo recogiendo el azúcar y el niño chilloteando. No sabía qué hacer. Llega la mamá, el niño me acusa, y me empieza a echar un rollo. Yo ya no soportaba. Me paré y me fui. La dejé hablando sola. Pero la señora con su voz de pito cada vez gritaba más fuerte. Todos me

veían, estaba rojo de la pena y el coraje; hasta que de pronto me paré, volteé a ver a toda la gente, vi de lejos a la señora y le grité: pinche vieja loca. Salí corriendo. *(Pausa)* No vuelvo a ir a ese supermercado. *(Pausa)* ¿Tú crees?

SARA: Sí, sí creo.

SARA mira el reloj, se levanta de la mesa y arregla cosas en la alacena.

MARTÍN: ¿A ti no te ha pasado algo parecido?

SARA: Por suerte no. A una amiga sí.

MARTÍN: ¿Qué?

SARA: Algo parecido pero en Liverpool.

MARTÍN: Ahh. *(Pausa)* Pero qué.

SARA regresa a la mesa y trae en sus manos un plato con pan dulce.

MARTÍN: ¿Eh?

SARA: Me da flojera contarte.

MARTÍN: *(Probando el pan)* Éste sí es bueno.

SARA: Es de Oaxaca.

MARTÍN: Con razón. ¿Fuiste hace poco?

SARA: Sí.

Silencio.

MARTÍN: Antes íbamos muy seguido, ¿verdad?

SARA: Antes.

MARTÍN: Madrugábamos para llegar a comer. (*Pausa*) Tengo ganas de volver a probar en el mercado esos tamales. Nunca se me va a olvidar. ¿Qué partes visitaste?

SARA: Lo de siempre. Monte Albán, las pirámides, el mercado, a doña Carmen, el museo/

MARTÍN: (*La interrumpe*) ¡doña Carmen! ¿Cómo está?

SARA: Bien, preguntó por ti.

MARTÍN: ¿Y qué le dijiste?

SARA: Nada.

Pausa.

MARTÍN: Me gustaría ver otra vez a doña Carmen. Era re buena gente. (*Pensativo*) doña Carmen.

SARA se dirige a la cocina y empieza a lavar trastes.

SARA: ¿Qué horas son?

MARTÍN: Quién sabe.

SARA: Ya ha de ser tarde.

MARTÍN: Lo que pasa es que ahora oscurece muy temprano.

Mientras MARTÍN habla, SARA intenta cerrar la llave del agua y no lo logra. Hace esfuerzos hasta que el agua empieza a chorrear. MARTÍN interrumpe su monólogo.

MARTÍN: Hasta eso, me gusta que oscurezca temprano. Pareciera que la noche es tan larga que uno puede hacer mil cosas. Hasta no se sabe qué horas son. Por ejemplo ahorita, ni tú ni yo tenemos idea de la hora. No hay prisas, preocupaciones ni nada. Mi papá no podía vivir sin su reloj; todo el tiempo preguntando la hora: mi hijito qué horas son, mi hijito qué horas son. No le importaba si oscurecía temprano o tarde. Las ocho eran las ocho, con sol o con luna. Él se levantaba todos los días a las siete de la mañana. Un día le adelanto el reloj y se levanta a las seis. Por primera vez se dio cuenta que estaba oscuro. No lo podía creer. Yo lo miraba hasta que me ganó la risa. Se dio una enojada. *(Pausa)* ¿Por qué no te da risa?, es chistoso. *(La voltea a ver)* ¿Y ese chorro?

SARA: *(Desesperada)* ¿Qué no ves que no puedo cerrar la llave?

MARTÍN corre a ayudarla.

MARTÍN: A ver, deja.

SARA: Sácate unas jergas.

MARTÍN: Deja y ve por unas pinzas.

SARA corre a buscar unas pinzas. MARTÍN intenta cerrar la llave. SARA regresa con las pinzas y se las da. Saca unas jergas para secar el agua.

MARTÍN: Eso sí que está difícil.

SARA: Hacía mucho que no pasaba.

MARTÍN: La tuerca está floja, pero no puedo apretarla.

SARA exprime las jergas en una cubeta.

SARA: Voy a llamar a Concha.

MARTÍN: No, espérate, ya estoy pudiendo.

SARA: Ella trae un plomero.

MARTÍN: Eso le cuelga. Ya casi está.

SARA continúa exprimiendo las jergas en la cubeta.

MARTÍN: Listo.

Los dos están exhaustos. Se sientan en las sillas. Transcurre tiempo.

SARA: A ver si no se echa a perder el piso.

MARTÍN: Es nada más una mojadita, ¿o qué sucede muy seguido?

SARA: No.

MARTÍN: La rosca de la tuerca está gastada, ojalá te dure.

SARA: ¿Hay que cambiarla?

MARTÍN: Por ahorita no. Que me late que el agua se derrama según el estado de ánimo en que estés.

SARA: Chance.

MARTÍN: No hagas corajes para que esa tuerca te dure.

SARA: Mejor la cambio.

MARTÍN. Corajuda la muchacha.

SARA: ¿Qué hora son?

MARTÍN: Quién sabe; tú eres la del reloj.

SARA: (*Ve el reloj*) Sí, ya es tarde. Mañana tengo que hacer muchas cosas y quiero levantarme temprano.

MARTÍN: Pero si no hay trabajo.

SARA: Precisamente.

MARTÍN: A mí esos días me gustan para descansar. Cuando uno se cansa, en el trabajo, o como ahorita, hay que descansar.

SARA: Pero hay veces que no se puede.

MARTÍN. Que no se quiere.

SARA: Tú qué vas a hacer.

MARTÍN: Nada, descansar.

SARA. Se te va a hacer tarde y luego va a ser más difícil.

MARTÍN: Más difícil, ¿qué?

SARA: Irte.

MARTÍN: ¿A dónde?, ¿cuándo?

SARA: Martín, ya me quiero dormir.

MARTÍN: Duérmete.

SARA: Te estoy hablando en serio. Veniste a visitarme, entraste sin que yo estuviera, platicamos un rato.

MARTÍN: (*Interrumpe*) Y te ayudé con lo del fregadero.

SARA: Y me ayudaste, ahora quiero descansar y estar sola.

MARTÍN: Pero puedes estar sola todos los demás días. (*Pausa*) Es muy noche. Yo te puedo acompañar hoy. Además, salir de noche es peligroso.

SARA: Martín...

MARTÍN: Actualmente salir de noche no solamente es peligroso para una mujer. A los hombres también nos va mal. ¿Qué tal si ahorita salgo, me encuentro unos policías y me asaltan? ¿Qué tal si me acercan unos ladrones y sacan un cuchillo? ¿Qué tal si me roban el reloj, si me roban el suéter, las plumas, mi agenda? ¿Qué tal, eh?, ¿qué tal?

SARA: ¿Ya terminaste?

MARTÍN: Soy convincente, ¿no?

SARA: Antes, ahora es distinto.

MARTÍN: Es distinto, pero igual.

Pausa.

SARA: ¿Te quieres ir por favor?

MARTÍN: Qué te cuesta.

SARA: Es mi casa.

MARTÍN: Yo soy tu visita. (*Pausa*) Aunque sea ahí. (*Señala el sofá*)

SARA: Pero por qué.

MARTÍN: Es de noche. Actualmente salir de noche no solamente es...

SARA: (*Lo interrumpe*) Ya.

MARTÍN: Ándale.

SARA molesta va al ropero, saca unas cobijas y las avienta al sofá.

SARA: (*Molesta*) Ahí están. Siempre te sales con la tuya.

MARTÍN: Gracias Sara.

MARTÍN se acerca a SARA para darle un beso pero ella lo evade y sale por la puerta del baño. MARTÍN va al sofá y acomoda las cobijas. Se quita el pantalón y los zapatos. Cuando SARA regresa se pone nerviosa al verlo en calzoncillos y apaga la luz. MARTÍN se acuesta en el sofá y SARA en la cama. Transcurre tiempo.

MARTÍN: (*Con voz de susurro*) Sara... Sara... ¿no tienes frío?... tengo frío, Sara. Tu cama está calentita. ¿No me haces un campito?... ¿eh?

Transcurre tiempo.

SARA: (*Sorprendida y molesta*) ¿Qué haces aquí? Sácate... qué poca... ¿No entiendes que no cabes en mi cama; es más, que estorbas?... Déjame, Martín. Suéltame, ¿qué te crees?

SARA logra prender la luz del buró. MARTÍN está en la cama e intenta abrazar a SARA. SARA se zafa de MARTÍN. Despeinada se levanta de la cama y observa a MARTÍN. El rostro de MARTÍN se encuentra iluminado por la luz de la lámpara del buró. Sus ojos están cerrados.

SARA: Allá están tus cobijas. Quítate. (*Pausa. Mueve el cuerpo de MARTÍN*) No te hagas el dormido, quítate de aquí, pero ahorita. (*Vuelve a moverlo*) Martín, Martín... ya, no te hagas. Déjame dormir... (*Desiste*) No tienes madre, Martín.

Oscuro.

ESCENA 2

Es de mañana. MARTÍN se encuentra dormido en la cama. SARA está levantada arreglando la casa. Enciende el radio. MARTÍN con mucha dificultad abre los ojos. Se destapa toda la cabeza. Se mueve dentro de las cobijas intentando dormir. Desiste. Se destapa.

MARTÍN: *(Boca arriba y con los ojos cerrados)* ¿Qué horas son? *(Se acurruca en la cama)* ¿Qué horas son, Sara? *(Pausa. Con mucha dificultad abre los ojos. Busca sus lentes en el buró, tantea con la mano. ¿No has visto mis lentes? (Los encuentra y se los pone con dificultad.)* Ah, que diferente se ve todo. *(Mira el reloj que se encuentra encima del buró)* Pero si apenas está amaneciendo. *(Se estira)* ¡Para qué te levantas a estas horas! *(Pausa)* ¿A oír cómo canta el gallo?

SARA: *(Sin prestar atención)* Ajá.

MARTÍN: *(Se acomoda en la cama)* Ay, ni que hubiera gallos por aquí.

SARA: Pues mi vecina tiene gallos y gallinas.

MARTÍN: ¿Y a poco ahí compras tus huevos?

SARA: *(Sin prestar atención)* Sí.

MARTÍN: Uy, qué padre. Como si estuvieras en el campo. *(Pausa)* El rumbo de mi casa es horrible. No hay un sólo árbol; no siquiera un gallo. Yo por eso no me

levanto temprano. Cuando me levanto solamente veo edificios, fábricas, smog y pura porquería. El cielo azul brilla por su ausencia.

SARA: (*Interrumpe*) ¿Nunca dejarás de quejarte?

MARTÍN: Si algún día termino mi carrera...

SARA: (*Interrumpe con tono sarcástico*) Si algún día.

MARTÍN: Voy a vivir fuera de la ciudad. Ahora no tengo dinero ni trabajo para cambiarme de casa; pero cuando termine mi carrera te juro que me voy. (*Se queda pensativo*) Sí, Sara, me voy.

SARA: (*Gustosa*) ¿Ya te vas?

MARTÍN: No, digo que cuando termine mi carrera me voy a ir de esta mugre ciudad.

MARTÍN va al baño.

SARA: Te la pasas soñando.

MARTÍN: Prefiero soñar a que me falte imaginación.

SARA: (*Con reproche*) Pues uno puede utilizar su imaginación para otras cosas.

MARTÍN: (*Burlón*) ¿Ah sí, como para qué?

SARA: Como para trabajar, decorar una casa o componer una canción.

MARTÍN sale del baño y se coloca muy cerca de SARA.

MARTÍN: (*Burlón*) ¡Ah, qué interesante; ni me lo imaginaba!

SARA: (*Se aparta de MARTÍN*) Deja de burlarte.

SARA va a la cocina para preparar café.

MARTÍN: No, yo nomás digo.

SARA: Pues mejor ni digas.

MARTÍN: Está bueno, pero no te enojés.

MARTÍN va a la cocina donde está SARA, saca las tazas. Lleva el azúcar a la mesa. Pone dos manteles y las cucharas. El pan dulce del día anterior lo pone en un plato y lo lleva a la mesa. Se sienta. SARA sirve el café y lo lleva a la mesa.

MARTÍN. ¿No estás contenta de tener el día libre?

SARA: No.

MARTÍN: ¿Por qué no?

SARA: Porque no se qué hacer contigo. Me confundes.

SARA le pone azúcar a su café. Le sopla para que enfríe. MARTÍN la observa.

MARTÍN: Tú nada más déjate ir.

SARA: Ni loca. Lo que quiero es trabajar todo lo que tengo atrasado de la semana.

MARTÍN: Pero trabajar es espantoso. Las oficinas son frías y oscuras. Con un jefe encima y para colmo la gente del trabajo es insoportable. *(Pausa)* Ahora dedícate a descansar. Yo te consiento.

SARA: Tú me consientes a cambio de qué.

MARTÍN: Te consiento simplemente.

SARA: Simplemente a cambio de qué.

MARTÍN: Bueno ya, si no quieres no te consiento y punto.

SARA se levanta de la mesa con las tazas y las deja en el fregadero. Desde ahí mira y oye a MARTÍN.

MARTÍN: A mí me encanta cuando no voy a trabajar. Me levanto tarde, desayuno cualquier cosa y me quedo pensando un rato largo. Pienso en lo que hice el día anterior, en mi jefe, en mis amigos. También pienso en ti. *(Transición)* Después me visto y pienso a dónde ir. Siempre termino yendo al parque que más te gusta, ¿te acuerdas?

MARTÍN se queda pensativo. SARA se sienta en una silla enfrente de la mesa.

MARTÍN: A ti, ¿qué te gusta hacer?

SARA: Trabajar.

MARTÍN: *(Sorprendido)* ¿Trabajar?

SARA: Sí.

MARTÍN: ¿Me lo juras?

SARA: Sí.

MARTÍN: Nunca había oído a alguien decir que lo que le gustaba hacer era ir a trabajar. (*Burlón*) Pero sí, cada quien tiene sus gustos. (*Pausa*) ¿Por qué?

SARA: Porque trabajo.

MARTÍN: No, en serio.

SARA: Porque me siento bien.

MARTÍN: Pero te puedes sentir bien en otros lugares. (*Pausa*) Que me late que no has buscado.

SARA: Pues si así te parece entonces no preguntes.

SARA se levanta de la mesa enojada. No sabe qué hacer. Va a la cama y empieza a tenderla.

MARTÍN: Déjalo, Sara, yo después la hago.

SARA: Después, ¿cuándo?

MARTÍN: Después. Hoy es día de descanso; por qué tanta prisa.

SARA: No me gusta ver la cama destendida.

MARTÍN: Ahorita la tiendo.

SARA: No, quédate ahí sentado *pensando* qué es lo que te gusta hacer.

MARTÍN se levanta de la mesa, se dirige a SARA y la enfrenta.

MARTÍN: ¿Qué te pasa?... ¿eh?

SARA temerosa se aleja de él y va a doblar las cobijas del sofá.

SARA: Nada.

MARTÍN: Cuando pienso, pienso en ti. Hasta sueño contigo.

SARA: Mientras tú piensas o sueñas yo estoy aquí como mensa. Además solamente sueñas y piensas en mí según te convenga. Ni te fijas en mis sentimientos.

MARTÍN: Me gusta que tus sentimientos estén conmigo, lo necesito.

SARA: Lo que yo necesito es que te calles o te vayas. Desde que llegaste no has dejado de hablar y “pensar”. ¿Qué crees que el único que piensa aquí eres tú?

MARTÍN: Es que tú tampoco hablas.

Suena el teléfono.

SARA: No hablo contigo.

MARTÍN se levanta a contestar el teléfono. SARA se le adelanta y lo contesta.

SARA: Bueno... sí sí, soy yo. *(Le da la espalda a MARTÍN y su todo de voz es completamente distinto)* Hola, cómo estás... Pues aquí aburrída... es que a mi jefe

se le ocurrió darnos el día libre... No te creas... En la noche nada... Me encantaría (*Rápidamente se levanta MARTÍN para ver la cara de SARA*) Órale... Sí, yo espero, no te apures... Ahí nos vemos... Adiós.

SARA cuelga el teléfono e inmediatamente MARTÍN la acosa y SARA le huye.

MARTÍN: ¿Qué te encantaría?

SARA: Qué te importa.

MARTÍN: Tengo derecho a saber.

SARA: Tú no tienes derecho a nada. No tengo por qué estarle dando cuentas a nadie.

MARTÍN: Pero si siempre me decías con quién hablabas por teléfono.

SARA: Por pendeja. (*Burlona*) No había secretos entre nosotros. ¿Crees que el tiempo no pasa y que las cosas siguen igual?

MARTÍN. Pero dime con quién hablabas.

SARA: ¿Qué no me oíste?

MARTÍN: Sí, sí te oí, pero dime.

SARA: (*Desesperada*) No entiendes nada. Por qué mejor no te vas a tu casa a descansar.

MARTÍN: Lo que pasa es que vas a salir esta noche y por eso quieres que me vaya. (*La inmoviliza*) ¿Verdad?

SARA: *(Se suelta)* Déjame en paz.

SARA toma de algún cajón unas hojas. Va a la cama y las empieza a acomodar en grupos. MARTÍN se queda pensativo. Transcurre tiempo. MARTÍN empieza a ver cuidadosamente los objetos que hay en la casa. Abre un cajón y saca unas llaves.

MARTÍN: ¿Y éstas?

SARA: *(Se dirige a MARTÍN con desgano)* Son mías. Dámelas.

MARTÍN: *(Se guarda las llaves en la bolsa de su pantalón)* ¡Qué buena suerte, ya tengo llaves!

SARA persigue a MARTÍN tratando de quitarle las llaves, pero él la asusta físicamente y ella le huye.

SARA: *(Entredientes:)* Cabrón.

SARA regresa a la cama y continúa su trabajo. MARTÍN observa las cosas del departamento.

MARTÍN: ¿Quién te regaló este cuadro?

SARA: *(Sin interrumpir su trabajo)* Lo pintó una amiga.

MARTÍN: Ah. *(Ve un cenicero)* ¿Y este cenicero?

SARA: Me lo regaló un amigo.

MARTÍN: Qué mal regalo. ¿No sabía que no fumas? (*Lo inspecciona entre sus manos y lo deja descuidadamente. Se sienta en la mesa y suspira*) Qué aburrición. (*Se rasca la cabeza. Mira a SARA. Mira a todos lados. Ve los libros*) Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis.

SARA: ¿Te quieres callar?

MARTÍN: (*Sin haber interrumpido*) Siete, ocho, nueve, diez, doce porque este vale por dos, trece, dieciséis, diecinueve, veintitrés.

SARA: (*Despectiva*) Ya sabes contar.

MARTÍN: Qué poquitos libros tienes. (*Pausa*) Bueno, también es que no he contado las revistas. Por lo general es lo que lees.

SARA: ¿Te importa?

MARTÍN: Hasta eso hay buenas revistas. A mí la verdad me gustan más los libros. Son más chiquitos y cómodos. Las revistas se rompen con cualquier cosa.

SARA: Las rompes con cualquier cosa.

Pausa.

MARTÍN: ¿Por qué no hacemos algo divertido?

SARA: Estoy trabajando.

MARTÍN: Algo divertido entre los dos.

SARA: No me interesa.

MARTÍN: De cuando acá tan digna.

SARA: (*Deja su trabajo*) Desde que no estamos juntos. Desde entonces hago lo que quiero.

MARTÍN: ¿Pero si cuando estábamos juntos decías que eras feliz?

SARA: Por idiota. Ni tú sabes qué es la felicidad. (*Pausa*) Mira, no quiero discutir de esto, ¿sí?

MARTÍN: Si no quieres no discutimos, pero vamos a hacer algo.

SARA: Por qué no te vas a dar una vuelta. (*Continúa su trabajo*)

MARTÍN: Vamos al Parque Hundido.

SARA: Ve.

MARTÍN: Vamos.

SARA: (*Enojada*) Todavía que entras a mi casa y te quedas a dormir; todavía me exiges que salga a donde tú quieras.

MARTÍN. ¡No te exijo!

SARA: (*Interrumpe su trabajo*) Ya vamos a empezar a discutir lo de siempre. Por algo terminé contigo.

MARTÍN: Terminamos.

SARA: Bueno, terminamos, pero ya vete.

MARTÍN: En el fondo no quieres que me vaya, Sara. Eso lo sabes.

SARA: No sé.

SARA se mete al baño. MARTÍN toma una revista y se acuesta en la cama. Transcurre tiempo. SARA sale del baño en pants. Sin mirarlo se dirige a la cocina y pone agua a calentar en la estufilla.

MARTÍN: Por qué no de una vez haces una jarra grande de café.

SARA: Porque voy a hacer té.

MARTÍN: Yo también quiero.

SARA: Sí, jefe.

MARTÍN: No exageres.

SARA: Si no te vas de esta casa, me voy yo.

MARTÍN: Te acompaño.

SARA: Idiota.

MARTÍN: Mejor voy a comprar algo de comer y ahorita regreso. Al fin y al cabo tengo llaves.

SARA: Dame las llaves.

MARTÍN: Voy rápido, no me tardo.

SARA: No regreses.

MARTÍN: No voy, punto. (*Pausa*) Y luego dices que yo soy el que te obliga a hacer las cosas.

SARA sube a la bicicleta y empieza a pedalear rápidamente.

MARTÍN: No me presumas. (*Pausa*) Ni que fueras tan deportista. (*Pausa. Retador*) A ver, te mido el tiempo. (*Lo mide*) No está tan mal, has mejorado.

SARA: (*Sarcástica*) Gracias.

MARTÍN: Ejercitarse con la bicicleta no es tan bueno. ¡Luego te hace unas piernotas! Además, dentro de una casa se me hace absurdo. Las bicicletas son para manejarlas fuera, respirar aire, dar vueltas, ver paisajes.

SARA: ¿Tú lo haces?

MARTÍN: No, pero es mejor hacerlo así.

SARA: Si no haces nada, entonces no jodas.

Transcurre tiempo. SARA está cansada.

MARTÍN: (*Burlón*) ¿Ya te cansaste? Casi ni aguantas.

SARA: Ya no te aguanto a ti.

MARTÍN: Aguanta, aguanta. Yo te mido el tiempo. (*Suena la tetera*) ¡El agua! (*Se dirige a la cocina*) Se consumió casi toda. Quedó a la mitad. ¿Cuánto le echo de café?

SARA: Quiero té.

MARTÍN: ¡Ah, sí es cierto!, ya ni me acordaba.

SARA: (*Despectiva*) Qué raro.

MARTÍN: Lo voy a hacer de manzanilla.

SARA: Mejor de jazmín.

MARTÍN: Sí, jefa.

MARTÍN sirve en dos tazas el agua hirviendo. Saca de un estante una caja, la abre y saca dos bolsitas de té que coloca en cada taza.

MARTÍN: Lo voy a dejar enfriar un poco. A lo mejor hasta te lo tomas frío, (*burlón*) aguantas tanto.

SARA: Sólo tomo de jazmín.

MARTÍN: Eres terca como una mula. He querido ser amable contigo y tú con tu carota. ¿Qué crees que no siento? Y todavía me mandas. Te vine a visitar, pero no a servir, y menos a rogarte.

SARA: No te estoy diciendo que me ruegues.

MARTÍN. Siempre has sido así. Chingaquedito. Calladito, calladito. Como si no pasara nada, pero ahí estás insultándome. No sé por qué vine a visitarte. *(Pausa)* ¿Quieres dejar de andar en tu bicicleta? *(SARA le da más rápido a los pedales)* ¿No oyes? *(Pausa)* No te aguanto.

SARA: Pues vete.

MARTÍN: ¿Para que salgas esta noche?

SARA. De cualquier manera voy a salir.

Suena el teléfono.

MARTÍN: A ver, deja tu bicicleta y ve a contestar. *(Pausa)* Van a colgar. *(Pausa. Despectivo señala el teléfono)* Es tu cita de esta noche. *(Pausa)* Cuánta perseverancia tienen tus canchanchanes. ¿Te estás volviendo estrellita... u otra cosa? Si quieres no me contestes, me lo imagino.

SARA: *(Suelta repentinamente los pedales, se tapa los oídos y grita)* ¡Te quieres callar!

Mientras el teléfono y los pedales siguen sonando, ocurre el oscuro.

ESCENA 3

Se enciende la luz. No hay nadie en la estancia. Se oye el ruido de la regadera. La estancia está desordenada. Se oye que entra una llave en la cerradura de la puerta. La puerta se abre y entra MARTÍN. MARTÍN viene cargado de cosas: bolsas, posters, adornos, trastes, herramientas, etcétera. Deja todo en el suelo, va a la puerta y empuja una caja con los pies al interior de la casa. Repite la

operación. Empieza a sacar cosas de las bolsas y a acomodarlas en la casa. La herramienta la coloca debajo de la cama. Las cosas de cocina en la alacena. Pone posters y las cajas con libros cerca del librero. En la mesa pone un mantel, coloca una lámpara.

SARA sale del baño en bata con una toalla en el pelo. Se queda inmóvil y perpleja observando a MARTÍN.

SARA: ¡No tienes límite, Martín!

MARTÍN: ¿Por?

SARA: ¡Qué poca madre! (*Tropeza con algún objeto traído por MARTÍN. Contendida*) Quita estas cosas de aquí.

MARTÍN la ignora. Observa algo que acomodó.

SARA: Pero mira cómo tienes.

MARTÍN empieza a recoger cosas de mala gana. SARA lo mira, se quita la toalla de la cabeza, va al tocador y cepilla su pelo. Rápidamente MARTÍN suspende su trabajo y se sienta frente a la mesa. Toma un lápiz y empieza a escribir. SARA se levanta y se dirige al ropero.

SARA: (*Volteando a ver a MARTÍN*) Qué poca. (*Empieza a pintarse.*)

MARTÍN: Dos, ocho, veintitrés, cuarenta y siete y llevamos cuatro. Cuatro para cuatro, ocho, trece, veinte. (*Pausa*) Cuatro por siete, cuatro por siete, siete por cuatro. ¿Cuánto es siete por cuatro? (*Voltea a ver a SARA*) ¿Eh?

SARA: (*Enojada*) Veintiocho.

MARTÍN: Treinta y llevamos tres. Cuatro por ocho. Cuatro por ocho treinta y seis. Me debes ochocientos cuarenta pesos. (A SARA.) Ochocientos cuarenta.

Silencio. MARTÍN se levanta de la silla y va a la cocina para preparar un café. Suena el teléfono.

SARA: Yo voy.

MARTÍN se apresura y contesta el teléfono. SARA se le queda viendo.

MARTÍN: ¿Sí? No, no se encuentra.

SARA: ¿Quién es?

MARTÍN: Mire, habla su marido; no sé a la hora en que regrese.

SARA intenta alcanzar a MARTÍN y quitarle el teléfono. Él la esquivo y ella lo persigue.

MARTÍN: Si quiere puede dejar un recado... Bueno, como guste..., hasta luego.

MARTÍN cuelga el teléfono.

SARA: *(Levantando el teléfono)* Bueno, bueno. *(Cuelga el teléfono y mira enojada a MARTÍN)* ¡Con qué derecho!

MARTÍN: Pensé que no querías hablar con él.

SARA va por su libreta. Busca un teléfono y empieza a marcar.

SARA: Perdone, ¿se encuentra Raúl?... Gracias... Hola Raúl, habla Sara... Bien, bien... Oye, ¿tú no acabas de hablar por teléfono?... chin... No, es que no entró la llamada... Gracias, nos hablamos después. *(Cuelga el teléfono y vuelve a marcar)* Hola Rocío, ¿no se encuentra Roberto?... Gracias. *(Cuelga el teléfono, busca en la libreta y marca)* Perdone, ¿no se encuentra René?

MARTÍN: Erre con erre cigarro.

SARA: *(Tapa la bocina)* Pendejo. Hola, qué tal, habla Sara... Bien, bien... Oye, perdona que te moleste, ¿no me hablaste hace un rato?... No, es que se cortó la comunicación... Gracias... Hasta pronto.

MARTÍN: Erre con erre barril. Barril, Roberto, Raúl, René. Lástima, yo me llamo Martín, pero me podrías decir Ratín.

SARA: No te preocupes, no estás en mi lista. *(Pausa)* Por qué demonios dijiste que eras mi marido.

MARTÍN: Pura ocurrencia.

SARA: Vete a otro lado con tus ocurrencias. *(Pausa)* Ahora ya no sé quién me habló por teléfono.

MARTÍN: Qué preocupación.

SARA. Pues sí.

SARA saca un burro de planchar y acomoda su ropa en la cama.

MARTÍN: ¿Con quién vas a salir esta noche?

SARA: Con unos amigos.

MARTÍN: ¿Yo los conozco?

SARA: No.

MARTÍN: ¿Son del trabajo?

SARA: No.

MARTÍN: ¿Entonces?

SARA: Ya deja de preguntar.

MARTÍN: ¿Son muchos? (*La acosa físicamente*) ¿Eh?

SARA: Qué te importa.

MARTÍN: ¿Muchos?

SARA: (*Se suelta de él*) Son Javier, Alicia, Raúl, Julieta y yo.

MARTÍN: Ah. (*Pausa*) ¿No invitas?

SARA: No. (*Empieza a planchar*)

MARTÍN: ¡Ah, es que no es de parejitas!

SARA: Aunque lo fuera. (*Sarcástica*) Además, nosotros ya no somos parejita.

MARTÍN toma unos posters y empieza a pegarlos en la pared.

MARTÍN: Este *poster* me lo regaló un amigo. Aunque a mí no me gustan los caballos, el paisaje es bonito. (*Toma otro poster y lo pega*) Este para que veas sí me gusta, lo compré hace un año en Gran Sur. Está un poco maltratado, pero de lejos no se nota. (*Los observa*) Quedó bien, ¿verdad?

SARA: Están horribles.

MARTÍN: Lo que pasa es que te da envidia.

SARA: ¿Envidia de tus cosas?, ni que estuviera loca. Por favor, quita esos *posters* de ahí. Ya con los que pegaste antes es suficiente.

MARTÍN comienza a acomodar algunos libros en el librero. SARA termina de planchar. Cuelga su vestido en un gancho y lo coloca fuera del ropero. Observa los posters que puso MARTÍN, va hacia ellos y comienza a quitarlos.

MARTÍN: ¿Qué haces?

SARA: Quitando estos *posters* que están espantosos.

MARTÍN intenta impedirselo. SARA termina de quitarlos y va al librero para quitar los libros que colocó MARTÍN; los avienta en una caja. Mientras, MARTÍN ha ido a colocar de nuevo los posters; al darse cuenta de lo que está haciendo SARA, corre hacia ella para impedirselo.

MARTÍN: Preferible que estén los libros aquí, que guardados en las cajas.

SARA: No quiero tus libros ni aquí ni en las cajas.

MARTÍN: (*Le arrebató los libros*) Déjalos, son míos.

SARA: Y éste es *mi* lugar.

MARTÍN: Me costó mucho trabajo acomodarlos.

SARA. A mí eso me tiene sin cuidado. (*MARTÍN la toma de los brazos*) ¡Déjame!

SARA se aleja. MARTÍN la empieza a perseguir. SARA se apresura a subir a la bicicleta.

SARA: ¡Ya!

MARTÍN: (*Pone los brazos sobre el manubrio*) A ver, huye. (*Retador*) Así que no te gustan mis *posters*.

SARA: Mira, Martín, cuando vivíamos juntos cada quien podía poner en la casa lo que quisiera. Ahora esta casa yo la arreglo a mi gusto. Si estos *posters* se me hacen horribles, no los quiero ver aquí.

MARTÍN. En primeras no están horribles, y en segundas no es cierto que cada quien ponía en la casa lo que se le diera la gana. Tú eras la que disponía todo. Esto va aquí, esto va allá; no, ese florero es espantoso, si quieres pónlo en tu estudio.

SARA: No es cierto.

MARTÍN: Cómo no va a ser cierto. Todos estos *posters* los tengo guardados desde hace mucho tiempo.

SARA: ¿Por qué no los pones en tu casa?

MARTÍN: No tengo casa.

SARA: Cómo no, ¿y la que te rentó tu amigo?

MARTÍN: La vendió.

SARA: Entonces, ¿dónde vives?

MARTÍN: Aquí.

SARA: (*Exclama*) ¿Aquí?

MARTÍN: Sí.

SARA. Eres un metiroso, si tú me dijiste...

MARTÍN: (*Interrumpe*) Si te decía esto me corrías.

SARA: Te corrí desde el principio, pero como siempre haces lo que quieres.

MARTÍN: Tú también hiciste lo que quisiste. Nunca oíste mis explicaciones.

SARA: No tenían ningún fundamento.

MARTÍN: ¿No era suficiente decir que iba a cambiar?

SARA: Siempre dijiste eso. Una más, una menos...

MARTÍN: Pero esa vez iba en serio.

SARA: También me lo dijiste siempre. Lo único que había en ti era desinterés. Como si todo fuera un chiste y tú el payaso. Todo lo que decías te lo tenía que aplaudir; si no, te ponías furioso y hasta moretones me dejabas. Cuántas veces te pedí perdón sin ningún motivo.

MARTÍN: No te hagas la mártir.

SARA: Y siempre me contestabas que no me hiciera la mártir. Me cansé, Martín, me cansé.

MARTÍN: ¿Qué lo único que sabes hacer es quejarte?

SARA: Por eso estoy aquí. Con mis cosas. Con mi vida. Y no quiero las tuyas en este lugar.

SARA toma valor y empieza a arrancar los posters, a echar las cosas y los libros de MARTÍN a las cajas que él trajo.

SARA: Mejor lárgate de esta casa y llévate todas tus porquerías de una vez por todas

MARTÍN: Con que con esas tenemos.

MARTÍN jalonea a SARA va a golpearle pero ésta lo evade. Martín la avienta a la cama. SARA se cubre temerosa de los golpes que recibirá. MARTÍN se arrepiente y empieza a tirar cosas de SARA. Tira cuadros, trastes, ropa y libros. SARA va a recoger lo que MARTÍN está tirando pero se da cuenta que el agua chorrea del fregadero. Corre hacia allá e intenta cerrarla. Es inútil su esfuerzo. Empieza a poner jergas para secar. Observa de reojo a MARTÍN. Cuando MARTÍN toma entre sus manos un florero ella se alerta.

SARA: Ese florero no lo tires. *(Se dirige hacia él)* Por favor no lo tires.

Crece la tensión. Finalmente MARTÍN azota el florero contra el piso.

SARA: ¡No!

SARA empuja a MARTÍN y éste se golpea fuertemente por lo que tiene que sentarse adolorido.

MARTÍN: Oye Sara, qué te crees.

SARA, mientras tanto, ha empezado a recoger los pedazos del florero. Se levanta y se le echa encima a MARTÍN.

MARTÍN: *(Intentando detenerla)* Déjame. *(Forcejean)* Estáte en paz. *(SARA le quita los lentes y se aleja de MARTÍN).*

MARTÍN: *(Despacio se empieza a acercar a ella)* Dámelos. No los vayas a romper.

SARA: *(Con coraje)* Ahora no te doy nada. Antes si querías te daba mi cuerpo, si querías te daba café, mis besos y todo. Ahora no te doy nada, ni mi cariño, ni mi casa, ni tus lentes.

MARTÍN: Ya, dámelos que no tengo otros

Sin mucha prisa ella se aleja de él y él la sigue. Su cercanía se ve interrumpida por la mesa.

SARA: Solamente pides; a mí y a todos los que te rodean. La palabra que siempre pronuncias es quiero. De esa manera mejor no me quieras.

MARTÍN: Quiero mis lentes. No estoy jugando.

SARA: ¿Crees que para mí esto es un juego? Pues te equivocas. Juegos los tuyos, con tus reglas, con tus dados. No, te estoy hablando en serio. Tan en serio que me tienes que escuchar.

MARTÍN se sienta en la mesa sin saber qué hacer. Se frota la cara.

MARTÍN: (*Concede*) A ver, dime.

SARA: (*Enojada*) Debo pensar que estás esperando algo a cambio. ¿Tus lentes acaso, o una reconciliación? Un cariñito cuando quieres coger, una risita cuando me vas a pedir un favor o quieres que te lleve el desayuno a la cama...

MARTÍN: ¿Ya terminaste?

SARA: Esto no es un discurso, son mis sentimientos.

SARA le avienta los lentes. MARTÍN los toma entre sus manos.

SARA: ¿Te das cuenta qué siento?, ¿te das cuenta?

MARTÍN se pone los lentes.

SARA: Siento odio, coraje. Coraje de ti y de mí. Coraje de que estés igual.

MARTÍN se levanta de la silla y se dispone a salir.

SARA: Coraje acumulado tantos años; contra ti, contra tu orgullo, contra mi pendejez.

MARTÍN sale, cierra la puerta y SARA grita más fuerte.

SARA: Porque eres insoportable. *(Patea furiosamente la puerta)* Insoportable... Y me da tanto coraje... coraje... coraje.

SARA agotada deja de patear la puerta. Se recarga en ella y ve el agua chorreando y todo el tiradero que hay a su alrededor. Toma aire para llenarse de fuerza y empieza lentamente a levantar las cosas tiradas.

OSCURO FINAL